

15 céntimos el número



Año II.

Barcelona 24 Junio de 1893

Núm. 56

ADMINISTRACIÓN.—ESPASA Y COMP.^a, EDITORES.—CORTES, 221 Y 223



EL EXCMO. É ILMO. SR. DR. D. JOSÉ MORGADES Y GILI
OBISPO DE VICH Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE SOLSONA

SUMARIO

Texto.—Crónica, por B.—El Monasterio de Santa María de Ripoll, por F. MIQUEL Y BADÍA.—La modestia (poesía), por JOSÉ SELGAS.—Pobre pescador, por CAMILO LEMONNIER.—El sol en la casa, novela por MAURICIO DE REICHENBACH (conclusión).—Nuestros grabados.—Mesa revuelta.—Recreos instructivos, por JULIÁN.

Grabados.—El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili, obispo de Vich y administrador apostólico de Solsona.—Portada del monasterio de Ripoll.—Claustro del monasterio de Ripoll.—Vista del interior restaurado de Santa María de Ripoll.—Aguzar el ingenio, por N. MORAL.



Crónica

CORRE riesgo la Exposición Universal de Chicago de tener igual suerte, bajo el punto de vista económico, que otros muchos certámenes internacionales. Si se exceptúa la Exposición de París en 1889, que cubrió todos los gastos, y aun dejó sobrantes, todas las demás Exposiciones Universales han saldado con déficit considerable. No pocas, además, fueron un fracaso en el concepto del número de visitantes, y por ahí va la Exposición de Chicago, la ponderada *Feria del Mundo*, al decir de periódicos de ambos continentes. Bien fuera porque le pasa con creces lo que á los otros certámenes internacionales ó sea que todo se halla todavía atrasadísimo, bien porque el punto no sea á propósito para atraer forasteros, condición buena que reúne París para tales concursos, bien porque la Exposición no haya logrado el favor que esperaron obtener para ella sus iniciadores y organizadores, es lo cierto que la concurrencia, reducida desde el principio, con la sola excepción del primer día, no da señales de aumentar, y los directores se encuentran en apuros para subvenir á los fuertes gastos que la *Feria* lleva consigo. Los gastos ordinarios ascienden á 45,000 dollars por día, lo cual exigiría que visitaran diariamente la Exposición 90,000 personas de pago. Muy lejos se halla de este guarismo, puesto que las entradas obtenidas desde 1.º de Mayo arrojan únicamente un promedio diario de 17,000 visitantes. A este paso, la Exposición será pronto un fracaso pecuniario. En la actualidad son muchos los empleados y obreros que se hallan atrasados en el percibo de sus haberes y salarios, y de tal modo van las cosas, que ha habido ya por este motivo huelgas de carpinteros. Para lograr mayores entradas se ha puesto empeño en abrir la Exposición en los días festivos, lo cual se verificará al fin probablemente, mediante algunas cortapisas y á pesar de la enérgica oposición que se hace á este proyecto.

* * *

De la América Meridional siguen viniendo noticias poco lisonjeras. En la República Argentina reina el des-gobierno de siempre y la cuestión económica no mejora, como es de suponer, en manera alguna. En el Brasil se mantiene la rebelión en Río Grande del Sur, y tan apu-

rado ha de verse ya el gobierno de Río de Janeiro que ya ha pensado en destituir al general Castillo, gobernador de aquel Estado y que ha sido el motivo ó el pretexto para la insurrección. En el Perú la batalla de ideas se ha traducido en lucha por las calles. Los partidarios del general Cáceres, aspirante á la presidencia, embistieron á sus contrarios que apoyan al Gobierno, y éstos, á su vez, quisieron jugarle una mala pasada al citado general, cosa que pudieron evitar las autoridades, no sin que hubiese de salir la caballería y de que hubiera resistencia, que concluyó batiéndose unos y otros en los arrabales. En Nicaragua, la contienda, que dura hace tiempo, parece terminarse, sencillamente porque los insurrectos mandados por el general Barranca han vencido á las tropas del presidente Sacaza. Se convino en una tregua, con el fin de ver si las dos partes podían concertar un tratado que acabase con la guerra civil, que está desolando al expresado país.

* * *

La prensa ha sido objeto en París de una glorificación en la persona de Teofrasto Renaudot, diarista del pasado siglo y el primero que redactó la *Gazette de France*. Hombre muy oscuro fué Renaudot en punto á letras, de modo que no figuró poco ni mucho entre los escritores ilustres de su época. Redújose á publicar el periódico, insertando en él las noticias que podía recoger con la escasez de medios que había entonces para ello, y á publicar escritos más ó menos entretenidos, satíricos algunos de ellos. Esto y la publicación misma, le atrajeron gran número de contrarios, de modo que el señor Teofrasto Renaudot dió materia á duros ataques y á sátiras crueles, en las que no se respetaba el defecto físico de tener una nariz como una berengena, antes la nariz del periodista sirvió de tema para los golpes más envenenados que se le asestaron. El monumento se ha levantado cerca del sitio en donde tuvo Renaudot sus oficinas. No despertó el acto el menor entusiasmo, porque sólo responde á la *estatuo-manía* que domina entre nuestros vecinos.

* * *

Los malhadados presupuestos para el año económico de 1893 á 1894 continúan siendo origen de agitación y de disgustos para el gobierno de nuestro país y para los contribuyentes. Indicamos ya que la propiedad urbana reclamaba contra los onerosos impuestos con que se la grava y que reducen á la nada sus rentas, ya muy mermadas por otros conceptos. Otras varias clases protestan de lo que se propone en los presupuestos ó de lo que se trata de legislar envuelto con ellos. Navarra está irritadísima, porque con el mencionado proyecto se atacan los derechos que conservaban aquellas provincias en su administración económica, y de la irritación que allí reina ha sido señal elocuente la imponente manifestación, con unas 19 ó 20,000 almas, verificada en Pamplona contra los planes del señor Gamazo y de todo el Gobierno. Acaso haya sido un chispazo del mismo incendio la partida levantada por el sargento López, que por fortuna se deshizo inmediatamente después de haber aparecido. La Coruña y Sevilla, sobre todo la primera, no pueden resignarse á que se suprima su Capitanía general, y de ahí también manifestaciones nada agradables para el Gobierno, nada favorables á la tranquilidad pública y nada á propósito para que mejoren los negocios aplastados hace tiempo por un período de calma que alcanza á casi todas las naciones de Europa. En Coruña la agitación es vivísima, predicándose casi abiertamente contra el Gobierno de Madrid y hablándose ya de

organizar sociedades de resistencia. Con todo esto coincide el planteamiento de disposiciones contenidas en el presupuesto vigente de 1892 á 1893, que no se habían puesto en vigor todavía, tales como las referentes á la ley del Timbre. Una de ellas grava con impuesto los productos farmacéuticos, aguas minerales, etc., y á pagarlo se resisten los farmacéuticos de Madrid, quienes amenazan con cerrar sus boticas. En suma, menudean las dificultades y los conflictos para el ministerio que preside el señor Sagasta.

* * *

Prólogo de la inauguración de la iglesia restaurada de Santa María de Ripoll fué la traslación á dicho templo de los restos mortales de Ramón Berenguer III el Grande, que se hizo con solemne pompa. S. M. el Rey, y en su nombre la Reina Regente, por Real Orden que expidió el ministro de la Guerra, concedió que se tributaran honores reales á los restos del Conde Soberano. Ramón Berenguer III fué un monarca insigne, que venció á los moros en repetidas ocasiones y que en la paz se mostró prudente, sabio y enérgico. El Condado adquirió grande esplendor durante su gobierno. Nació en 1082, murió en 1131, y dispuso que se le enterrase en Santa María de Ripoll. Sus restos fueron profanados en las repugnantes y dolorosas escenas de 1835. Salvados después por el señor don Próspero de Bofarull, han sido concedidos ahora al Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich para que pudiese volverlos al lugar de su primitivo enterramiento. Esta traslación se hizo con solemne pompa, asistiendo á ella los Excmos. y Rdmos. Arzobispo de Tarragona y Obispos de Barcelona, Vich y Seo de Urgel, y desplegándose el aparato militar que para los entierros de los Reyes prescriben las Reales Ordenanzas.

B.

El Monasterio de Santa María de Ripoll



En la confluencia de los ríos Ter y Freser se levanta la villa de Ripoll, que debe su celebridad en parte principalísima á haber sido cuna de la nación catalana. Imagen de ella es el antiquísimo cenobio que hace pocos años se hallaba en ruinas, y que se encuentra ahora renovado merced al celo, á la inteligencia y á la infatigable actividad del Excmo. é Ilmo. Dr. D. José Morgades y Gili, obispo de Vich, y administrador apostólico de la diócesis de Solsona. Dentro de breves días será consagrado solemnemente el templo renovado, celebrándose la que se ha titulado ya fiesta *pairal* de la familia catalana.

La pasión política y la barbarie destruyeron el famoso monasterio. Páginas dolorosas fueron aquéllas, de las cuales hemos de apartar la vista en estos momentos de regocijo. Por fortuna, ni el fuego, ni la piqueta, ni la más crasa ignorancia luego, pudieron hacer desaparecer lo fundamental de aquella grandiosa fábrica. Hasta nosotros han llegado parte de las naves de la basílica, el precioso ábside con los siete cuerpos que aparecen en el interior, lo propio

que en el exterior del templo, gran trozo de su claustro, y la soberbia portada, maravilla de la imaginería románica y arco triunfal del cristianismo, según la ha denominado un erudito escritor contemporáneo. Había lo bastante para emprender la restauración, para poderla acometer con la certeza de que no había de desfigurarse la fisonomía del monumento. Y así ha acaecido, en efecto, conforme lo podrán atestiguar cuantos visiten ahora la villa de Ripoll. El primer galardón en esta empresa, lo merece, conforme hemos dicho, el Ilmo. Prelado vicense, debiendo seguirle el arquitecto don Elías Rogent, autor del proyecto de restauración, y el que ha dirigido las obras, secundándole varios jóvenes arquitectos y otros artistas de envidiable talento. Á los benefactores de Santa María, á los que con sus cuantiosas dádivas han facilitado la realización del pensamiento, Cataluña ha de estarles también agradecida.

Es el monumento de que hablamos tipo interesantísimo del arte románico español. Acaso estudiándolo bien, se notaría en él, más que en otras construcciones románicas de nuestro país, la influencia bizantina que nos recuerda Santa Sofía de Constantinopla y alguna de las basílicas de Jerusalén. Partes que tendría el antiguo templo y que desaparecieron después, ó por las vicisitudes de los siglos, ó por la mano airada de los hombres, acabarían sin duda de imprimirle el aire bizantino. De todos modos, hubo de ofrecer la imponente grandiosidad de las obras románicas, la severidad que se advierte en las más famosas, y que deja el espíritu como anonadado cuando medita bajo sus bóvedas de cañón. Contadas aberturas, y éstas muy angostas, esparcirían por el recinto una tenue luz, á propósito para aumentar el misterio y el misticismo de su nave principal y del crucero. En éste, como hemos apuntado antes, existían siete capillas absidales, siendo la mayor la central, y comprendiendo en el crucero un espacio levantado sobre el resto de la iglesia y destinado á imprimir más grandeza al retablo mayor y á todo el presbiterio.

El cenobio de Santa María ha pasado por diferentes etapas. Consagrósele por última vez en 1032; mas con anterioridad al siglo xi había sido objeto de idéntica ceremonia, merced á las sucesivas construcciones que se fueron levantando. En 977 lo fué la obra de los abades Arnulfo y Guidiselo, en 935 la del abad Enego, y en 888 la de Vifredo el Velloso. Á este conde soberano de Cataluña puede, por lo tanto, concederse la fundación de la iglesia de Santa María. El edificio que levantó sería modesto sin duda alguna, y por ello lo ensancharian y tal vez lo embellecerían los abades Enego, Arnulfo y Guidiselo. Mezquina consideró todavía la traza del último templo el insigne obispo y abad Oliva, y por ello alzó la nueva fábrica, quizás guardando fragmentos de las antiguas, según opinan algunos arqueólogos, tal vez haciendo *tabula rasa*, según dictamen de otros, lo cual sólo podrán precisar ulteriores investigaciones si por acaso no queda siempre en la oscuridad este punto. En tiempos de Oliva se esculpió la maravillosa portada, trabajo sólo comparable en nuestra patria con el celebrado pórtico de la Gloria en Santiago de Galicia, al cual, empero, supera por su fecha y por su carácter.

Un siglo después de la consagración de Oliva, se agregaba á la iglesia el magnífico claustro, románico también, mas no ya con la rudeza que se advierte en la parte escultórica de la fachada. Los capiteles del claustro descubren un arte más formado, que posee mayores recursos para la expresión de sus ideas, y que va tanteando las bellezas de la forma en toda clase de seres y de objetos. Las distintas fechas en que fueron esculpidos los capiteles, aparecen indicadas por la ejecución más delicada que en algunos se

observa, y por detalles de indumentaria. Puso la primera piedra de este claustro el abad Raimundo de Berga, que fué elegido en 1172, y se continuaban las obras en tiempos del abad Galcerán de Besora, fallecido en 1383, y que aún dejó por terminar el segundo piso. Así procedió, por regla general, la Edad Media en sus construcciones. Sin precipitaciones, origen casi siempre de disparates é inconveniencias, puso piedra tras piedra, labrándolas con mano de artista y con sentimiento de cristiano, á fin de realzar la casa del Señor y poder decir que en ella habían trabajado varias generaciones. La historia de casi todas las catedrales, colegiatas y cenobios haría buenas nuestras afirmaciones.

El señor don José María Pellicer y Pagés, diligentísimo historiador del monasterio de que hablamos, describe en su obra *Santa María de Ripoll*, el aspecto que presentaba el día en que se llevó á cabo la consagración de Oliva. Dice que la portada brillaba con el decorado policromo de sus relieves, en los cuales se emplearon el oro, minio, verde y azul celeste. En el crucero se admiraba el mosaico—del que se encontraron restos y que se ha restaurado también—en cuyo dibujo en rojo, amarillo y azul sobre fondo blanco, se veía representada, en una parte, la situación de Santa María en la confluencia del Ter y del Freser, y en la otra la victoria en el valle ripollés de los cristianos contra los adalides de Mahoma. El altar mayor consistía en una mesa de jaspe rojizo, apoyada en grupos primorosamente esculpturados, representando el combate entre las pasiones y la razón. En los ángulos se alzaban cuatro esbeltas columnas destinadas á sustentar la cúpula, ó *ciborium*. Un precioso velo, semejante al que Godmaro regaló el día de la primera dedicación, adornaba los intercolumnios y ocultaba el altar durante la consagración. Otro paño de rico brocado se veía sobre el ara, en recuerdo de los de color de sangre que los primeros cristianos extendían sobre las tumbas de los mártires. Del centro del *ciborium* pendía una paloma de oro y esmaltes, en la que se guardaban las Sagradas Formas reservadas para viático á los enfermos. El retablo del altar mayor era un exquisito trabajo de orfebrería, cuajado de rubíes y de otras piedras preciosas, en el cual se habían invertido ciento sesenta onzas de oro y gran cantidad de plata. Recordaba—advierde el señor Pellicer y Pagés—por su valor intrínseco y artístico, el *pallio* ó frontal de plata de San Ambrosio de Milán, y la *palla* de oro de San Marcos de Venecia. De él puede formarse idea, añadiremos nosotros, contemplando el precioso retablo de plata con esmaltes que posee la catedral de Gerona, y que colocamos, asimismo, en el número de los más notables monumentos del arte y de la orfebrería cristianos. Componíase el de Ripoll de varios cuadros con pasos de la vida de la Santísima Virgen, y desapareció en el siglo xv. Regalo particular del abad Oliva, era anterior al retablo de Gerona.

Fué igualmente el insigne Oliva quien aumentó la biblioteca y archivo, procurándole magníficos códices, algunos de los cuales pudieron ser salvados de las llamas, pasando á formar parte del Archivo de la Corona de Aragón, en donde se custodia. Verdaderas maravillas poseyó en punto á códices el cenobio benedictino de Ripoll. Uno de ellos, denominado *Psalterium argenteum*, hallábase escrito con letras de plata, en finísima vitela sobre fondo morado, con las versales y epígrafes de oro, quedando cerradas todas sus planas por vistosas orlas, llenas de fantásticas serpientes, delicadamente miniaturadas en oro y colores.

Agolpándosele todas estas ideas en la mente, con su alma de artista y de poeta, Pablo Piferrer, al hallarse en medio de las ruinas de Ripoll,—que así se han llamado siempre las del Monasterio,—cuando escribía los *Recuerdos y bellezas de España*, dejó escapar de su valiente pluma estas sentidas y patrióticas exclamaciones:

«¡Cuán bellas son estas ruinas, sobre todo para el que las contempla desde la ya destrozada puerta bizantina que abre paso del claustro al monasterio! Por entre ellas se levanta orgullosamente uno de los más grandiosos y severos torreones romano-bizantinos, el campanario del monasterio, ceñido de un triple ventanaje y de cenefas de arquitos cegados, defendido por grandes almenas, entre los cuales nos parece que aún vemos asomar á los agigantados héroes de su siglo. Al pie de la puerta yacen amontonados acá y acullá columnas, abacos, capiteles, escombros confusos cubiertos por los espinosos ramajes de las plantas rastreras... ¡ah! no vayas, viajero, á pisarlos con planta indiferente; bajo esos montones de ruinas están los sepulcros de los condes, las tumbas de nuestros antiguos reyes. ¿Te estremeces? ¡qué vergüenza! ¿ese es el monumento que han erigido nuestros contemporáneos á los que rompieron con su espada el yugo de los árabes? ¿á los que restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia? ¿Y no hay una mano que levante de entre los escombros los sepulcros? ¿Son ya nada para nosotros los recuerdos? ¿Es ya tan esplendoroso nuestro presente que no necesite de los brillantes reflejos de lo pasado?... Nos queda aún una esperanza: el egoísmo, la codicia, harán quizás lo que no hizo hasta ahora el amor á nuestras glorias. Mas ¡ay! ¿quién sabe si cuando venga á sentarse algún establecimiento industrial sobre esas ruinas, serán arrojadas al aire las cenizas de los héroes y enterradas las piedras de sus tumbas entre los cimientos de la nueva fábrica?»

¡Looado sea Dios! los temores de Pablo Piferrer no se han realizado y su palabra ha sido oída. Una mano ha habido que ha levantado «de entre los escombros los sepulcros,» y merced á ella Vifredo el Velloso, Bernat Tallaferro y Ramón Berenguer III el Grande,—después de haber salvado los restos del último, la mano piadosa del ilustre don Próspero de Bofarull,—descansarán nuevamente bajo la reconstruida bóveda de Santa María, y oirán otra vez las frases sublimes y consoladoras de la Iglesia católica, y aquellas palabras de inefable consuelo y de indecible esperanza *et lux eterna luceat eis*. Allí reposarán los que «restablecieron con su sangre nuestra libertad é independencia.» La nueva dedicación de Santa María de Ripoll, hecha por el Ilmo. Obispo Morgades, por el sucesor de Arnulfo y de Oliva, en el año 1893, constituirá una reparación á la memoria de aquellos ínclitos varones y enaltecerá la fe religiosa y el amor á Cataluña de cuantos han contribuido en cualquier forma que fuere á la restauración del templo, asunto de este artículo.

F. MIQUEL Y BADÍA.

La modestia

POR las flores proclamado
rey de una hermosa pradera,
un clavel afortunado
dió principio á su reinado
al nacer la primavera.

Con majestad soberana
llevaba y con noble brío

el regio manto de grana,
y sobre la frente ufana
la corona de rocío.

Su comitiva de honor
mandaba, por ser costumbre,
el céfiro volador,
y había en su servidumbre
hierbas y malvas de olor.

Su voluntad poderosa,
porque también era el uso,
quiso una flor para esposa;
y regiamente dispuso
elegir la más hermosa.

Como era costumbre y ley,
y porque causa delicia
en la numerosa grey,
pronto corrió la noticia
por los Estados del rey.

Y en revuelta actividad,
cada flor abre el arcano
de su fecunda beldad,
por prender la voluntad
del hermoso soberano.

Y hasta las menos apuestas
engalanarse se vian
con harta envidia, dispuestas
á ver las solemnes fiestas
que celebrarse debían.

Lujosa la corte brilla,
el rey admirado duda,
cuando ocultarse sencilla
vió una tierna florecilla
entre la hierba menuda.

Y por si el regio esplendor
de su corona le inquieta,
pregúntale con amor:
«—¿Cómo te llamas?»—«Violeta,»
dijo temblando la flor.

«—¿Y te ocultas cuidadosa,
y no luces tus colores,
Violeta dulce y medrosa,
hoy que entre todas las flores
va el rey á elegir esposa?»

Siempre temblando la flor,
aunque llena de placer,
suspiró, y dijo:—«Señor,
yo no puedo merecer
tan distinguido favor.»

El rey suspenso la mira
y se inclina dulcemente;
tanta modestia le admira,
su blanda esencia respira,
y dice alzando la frente:

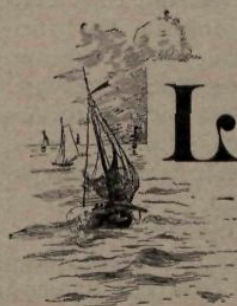
«—Me depara mi ventura
esposa noble y apuesta,
sepa, si alguno murmura,
que la mejor hermosura
es la hermosura modesta.»

Dijo, y el aura afanosa
publicó en forma de ley,
con voz dulce y melodiosa,
que la violeta es la esposa
elegida por el rey.

Hubo magníficas fiestas,
ambos esposos se dieron
pruebas de amor manifestas;
y en aquel reinado fueron
todas las flores modestas.

JOSÉ SELGAS.

Pobre pescador



La chalupa número 18 del patrón Petrus había salido á la pesca de langostinos y se hallaba á un cuarto de hora de la costa. La mar, agitada, negra y embravecida por el vendabal, levantaba la barca cual bola de cristal suspendida por el chorro de un surtidor. Sumergíase y salía del agua completamente vertical, con gran rapidez, azotada por la blanca espuma, haciendo agua y produciendo con sus velas extendidas un ruido atronador. Tres hombres la tripulaban: Petrus y sus dos muchachos, uno de veinte años y otro de diez y seis.

Al apuntar el alba habían puesto á cocer en la marmita, sobre un crisol de hierro fundido sujeto á la camareta, la pesca de la noche, consistente en tres cestas de langostinos. Luego, confiando en el mal tiempo, que removía el fondo de las aguas, extendieron la red. La barca inclinábase del lado en que llevaba las redes y surcaba veloz el mar en su marcha vertiginosa.

Petrus, hombre de piel curtida, rechoncho, vigoroso, de ojos azules, con los cabellos tiesos por la sal de la mar, con su garibaldina y calzones rojos de franela, y grandes botas que le llegaban hasta los muslos, gobernaba el timón, y sólo de vez en cuando daba breves voces de mando.

Iba á mandar que con el cabrestante subieran la red, cuando divisó á lo lejos una barca que media hora antes habían visto salir por el extremo del dique y aventurarse en el tumulto de las aguas, y que por causa de una ráfaga de viento flotaba con la quilla al aire. Era una barca de recreo de aquel pequeño puerto, un cascarón delgado y ligero con palos demasiado frágiles para resistir una tormenta. Petrus vió dos hombres á bordo. Sin duda el manejo desacertado del timón, alguna maniobra defectuosa de la vela... tal vez una sacudida violenta habían hecho zozobrar el esquife.

—¡Valor, hijo mío! exclamó el patrón.

Durante un momento, los dos muchachos, de pie, contemplaron en silencio el horizonte, y con gran serenidad, en medio del ensordecedor ruido de las aguas, cambiaron las velas, mientras el padre ponía la proa hacia los náufragos.

Un ser humano apenas visible en medio de las olas, un infeliz, luchaba en vano tratando de ganar la costa; de vez en cuando, al pasar una ola, aquel pequeño ser subía arrastrado por el agua...

De pronto dejaron de verle: luego apareció algo que flotaba.

Petrus intentó cortar las ondas y situar su barca entre el náufrago y la playa, pero la borrasca estalló, y con furioso ímpetu viéronse arrojados mar adentro. Cuando el timón hizo virar la barca, la cabeza del nadador aparecía como una bola que iba dando vueltas entre la espuma.

En aquel instante el reflujo lo arrastraba, y arremolinado por las olas luchaba desesperadamente; sus fuerzas estaban ya agotadas.

—¡Ánimo, hijos míos! gritó por segunda vez el patrón.

La maniobra les salió bien; el naufrago se hallaba ya á poca distancia. Matías, el hijo mayor, echó un calabrote, y una mano salió del agua agitándose vacilante en el aire, pero el calabrote se fué hacia el lado opuesto. La barca entonces sufrió tan brusca sacudida que todos creyeron que el infeliz se había enredado con las redes: de repente aquella cabeza salió del agua. Petrus dió nueva dirección al timón; Matías echó el bichero al agua; los dos brazos hicieron un supremo esfuerzo, pero al instante el cuerpo entero se sumergió: había llegado su fin.

Petrus mandó inmediatamente al hijo mayor al timón, atóse á la cintura un nudo corredizo, que hizo precipitadamente en el calabrote, hizo la señal de la cruz, y mientras el hijo menor sostenía el otro extremo del calabrote, oyóse un ruido producido por la espuma; el padre se había echado al agua.

Ninguno de los dos hijos pronunció una palabra: el padre acababa de hablar y se habían sometido á su voluntad. El mayor seguía de pie en el timón; su hermano, inclinado sobre la borda con la cuerda envuelta entre las manos; los dos miraban conmovidos, pero animosos.

El naufrago se sumergía cuando Petrus á su vez se levantaba; los pesados puños del pescador cayeron sobre él, sintió que se le aproximaba una masa de carne inerte, sin movimiento. Por fin pudo pasarle un brazo por el sobaco; por un instante sumergiéronse los dos en toda la extensión del calabrote, pero como los dos hermanos á la vez tiraban rápidamente de la cuerda, salieron del agua. Matías, como más fuerte, agarró al viejo por su garibaldina y lo levantó en alto por encima del empalmetado.

Había tragado gran cantidad de agua y la arrojaba por la boca y la nariz. Estaba algo quebrantado, mas, á pesar de todo, permanecía tranquilo al lado de sus hijos, las manos en las rodillas y las piernas separadas metidas en las pesadas botas llenas de agua, contemplando el rostro de un joven, pálido y bello, y en el que apenas apuntaba el bozo.

Al momento Matías volvióse al timón y dirigió el barco hacia el canal, mientras su hermano daba vueltas al cabrestante para sacar la red. El viejo quedó, chorreando agua del mar, al lado del naufrago, puesto de rodillas, soplando en las narices, pegado á aquel rostro frío que se esforzaba por reanimar con su propio calor.

Una lancha de salvamento había salido de la playa, y á fuerza de remos llegaba casi á la vez que la chalupa de Petrus á la entrada del puerto, llevando también otro naufrago á bordo, uno de los hombres que tripulaban el pequeño yacht, un joven marinero del puerto, que en cuanto se vió á salvo, pidió una copita de ginebra y un cigarro.

En la estacada habíanse reunido un gran número de personas. Un caballero anciano corría á lo largo del parapeto dando voces de: «¡Hijo mío! ¡hijo mío!» con los brazos extendidos en dirección á las barcas. Por último, éstas lograron ganar el canal; la multitud se apiñaba llena de curiosidad, queriendo ver de cerca el drama del dolor paterno cuando la víctima llegaría á tierra.

Esta misma multitud, presa de repente de la más hipócrita ternura, que era sólo un refinamiento de crueldad, detuvo al padre para impedir que se arrojara al mar, movido por el deseo de ver más pronto á su hijo, que ya se divisaba tendido é inanimado en los brazos de Petrus. Éste, en el momento en que la barca con sus velas replegadas atracaba junto á una de las escaleras, dió un grito.

—¡Vive! exclamó.

Y mostraba con reposada sonrisa al joven, que con los brazos extendidos parecía querer luchar todavía con las olas. El padre, sujeto por la gente que le rodeaba, pudo ver como el viejo marino subía la escalera, tranquilo, con sus pesadas botas, llevando á cuestas al hijo. De improviso el pobre padre intentó librarse violentamente de los que le mantenían sujeto, y se arrojó sobre aquel montón de carne, pálido, agitado por un temblor horrible. Petrus se conmovió por un instante á la vista de aquel padre, que, loco de ternura, le arrancaba el joven de los brazos. Nadie reparaba en él, pasando completamente inadvertido en medio de los empujones, del choque de aquella multitud pendiente de los gestos del padre y que sentía casi el desenlace de aquel drama.

Algunos hombres del puerto salieron corriendo seguidos de la multitud. Llevaban los colchones que en una casa vecina les habían prestado y sobre los cuales habían puesto al muchacho... Petrus quedó solo, sin indignarse ni sorprenderse y con la serenidad propia del hombre honrado. Bajó en seguida para ayudar á sus hijos en la descarga de la pesca. Sólo pensaba en el precio que de ella sacaría.

A la mañana siguiente, al despertarse en su pequeño aposento de pescador, sintió cierta inquietud. ¿Viviría aquel infeliz después de la terrible crisis por que había pasado? Vistióse con la mejor ropa que tenía y fuese á indagar entre sus compañeros cómo se llamaba el padre. Era un banquero de una ciudad vecina que había venido á veranear en una villa del dique. Se llamaba M. Trémoret.

Terminado su trabajo, habiendo vendido los langostinos y amarrado la chalupa, encendió la pipa, y con las manos en los bolsillos correteaba por delante la villa, acechando si alguien salía, algo cortado, como si su curiosidad fuese indiscreta.

La puerta de la casa se abrió, y una voz le llamó por su nombre. Fingió no haber oído nada, y fué hacia el mar, como contrariado de que le hubiesen conocido. Pero sintió luego que alguien le tiraba del vestido; viró en redondo sobre sus grandes zuecos, y reconoció al médico del puerto que, con la sonrisa en los labios, sacudiéndole y empujándole hacia la casa, le decía:

—¡Maldito socarrón! Hace más de una hora que ando buscándote... Se te quiere recompensar... Por fortuna he visto cuando pasabas...

—Y ¿cómo sigue el enfermo? preguntó el bueno de Petrus entre confuso y avergonzado.

—Ya le verás; está allí echado en un sofá; ahora duerme... Lo mismo da; sin tí... lo hubiera pasado mal.

El viejo dejó de excusarse, y los dos subieron los tres peldaños de la entrada. De repente, en el fondo de la habitación donde penetraron, aparecieron algunas personas que se dirigieron hacia ellos. A causa de la oscuridad que allí reinaba por estar tiradas las cortinas de los balcones, el pobre hombre no pudo reconocer al padre, á aquel hombre que tanto gritaba y se movía en la estacada. Pero Trémoret, dándole un golpe en la espalda, con tono que marcaba la distancia que existía entre ellos, le dijo:

—Muy bien, muy bien... Has cumplido con tu deber; eres un hombre de bien.

Y volviéndose hacia los presentes añadió:

—¿No les parece á ustedes que es un hombre de bien?

Petrus vió algunas cabezas de mujer que hacían signos afirmativos, indicando que, en efecto, era un hombre honrado. Los niños le dirigían miradas de curiosidad. Trémoret repitió por tercera vez las mismas palabras,

escuchándose á sí mismo, sin hallar otras más oportunas, pasada la horrible crisis del día anterior. La situación resultaba fría, y la grandeza de ánimo de aquel pobre hombre dejaba helados á aquellos espíritus egoístas que, trastornados un momento por aquel accidente, estaban en el fondo convencidos de la venalidad del marinero. Una señora de edad avanzada alzó el cortinón y con fría dignidad dijo:

—¡Ah! ¿eres tú?... Petrus, ¿verdad? Mi hijo ha preguntado por tí dos veces... Será preciso que vuelvas para verle... ¡Vamos, todos te estamos agradecidos!... Y dime, ¿tú, indudablemente, sabes nadar?

El viejo hizo un movimiento con la cabeza, dando á entender que no sabía nadar, lo cual produjo cierto murmullo de sorpresa entre las señoras; Trémoret dijo:

—Es una imprudencia... En tu oficio todos deberíais saber nadar.

Y luego añadió casi con severidad:

—Así, pues, por poco no puedes salvar á mi hijo.

Petrus, con el hongo en la mano, movía suavemente la cabeza, y mirando la alfombra del aposento, exclamó:

—Es claro... es claro...

Pero el banquero no quiso dejarle salir inmediatamente después del reproche que le había dirigido, por lo cual, con un gesto que indicaba el perdón, le dijo:

—Después de todo, esto no te ha impedido hacer lo que todo hombre honrado haría en iguales circunstancias... Procuraremos que te concedan la medalla... Sí, sí, cuenta conmigo... Y entretanto toma esta pequeña cantidad.

Y esto diciendo, le ponía en las manos un billete de cien francos. A Petrus no se le había en verdad ocurrido que por la pesca de un hombre se le pagase como si se tratara de lenguados y langostinos, y, sorprendido, contempló por un instante el billete, sin encontrar palabras con que expresarse; pero Trémoret insistió diciendo:

—Es tuyo, te lo doy... No me des las gracias...

El pescador entonces, tomando el sombrero con la mano izquierda y quedándole libre la derecha, metió el billete en el fondo de su bolsillo y saludó á los presentes con ligeros movimientos de cabeza.

Contemplábanle sonrientes cuantos allí estaban; los niños se habían plantado delante del pescador como si se tratara de un animal raro. Pero como á cada movimiento que hacía el olorillo particular del agua salada se esparcía por el aposento, viéronse las señoras obligadas á aspirar con fuerza los perfumes de sus pañuelos.

Trémoret, molesto también, y por otra parte satisfecho de haber cumplido con su deber, procuró con disimulo acompañar al marinero hasta la puerta. Pero el pobre viejo no podía decidirse á salir, y ora daba un paso hacia atrás, ora se quedaba plantado, tosía, exhalaba un suspiro, daba una vuelta, y con la mirada tímida de pobre vergonzante parecía que tenía que dirigir una petición muy embarazosa.

Trémoret, que era buen conocedor de los hombres, dijo en alemán á su mujer:

—Ya sé lo que busca; quiere probar si me saca otro billete.

Y redobló sus esfuerzos para que saliera pronto empujándole más enérgicamente con su ancho pecho de hombre bien cuidado y que á pesar de los años conserva todo su vigor.

Por fin, al atravesar el dintel de la puerta Petrus, con grande humildad, atreviéndose á levantar los ojos y sacando el billete de la faltriquera, formuló su petición:

—Dispense usted si molesto, pero prefiero devolvérselo á usted y que pueda venir sin cumplidos á pasar un rato con su hijo el día que quiera hablar conmigo.

CAMILO LEMONNIER.

El sol en la casa

NOVELA

POR

MAURICIO DE REICHENBACH

(CONCLUSIÓN)

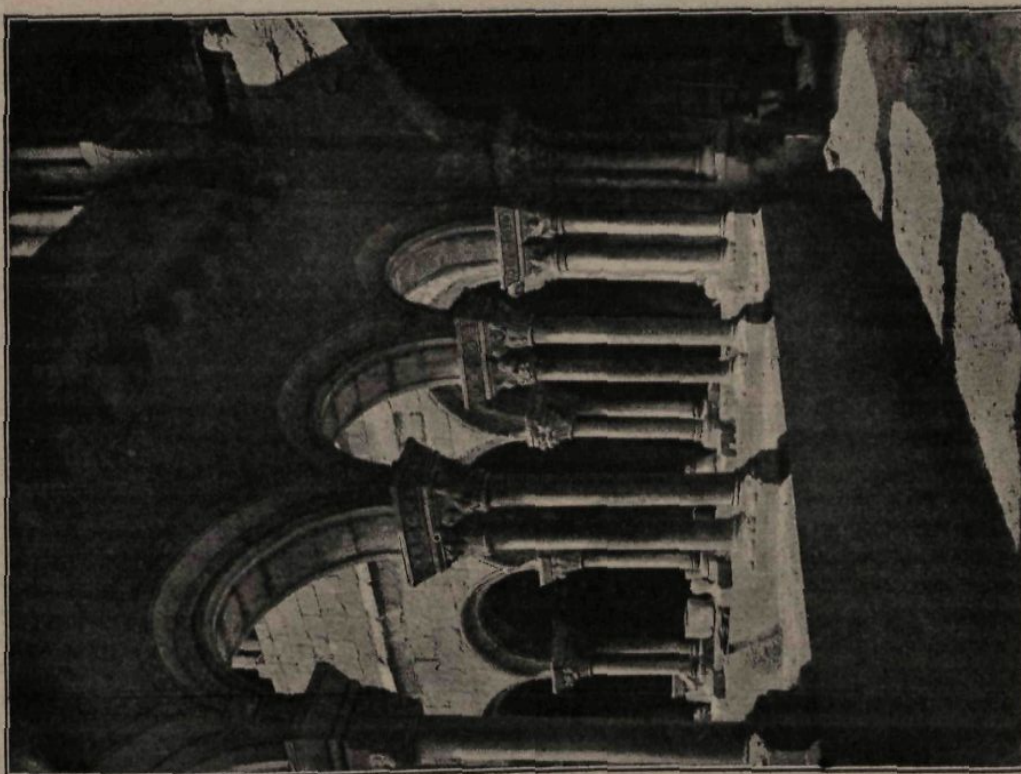


HACÍA ocho días que el barón estaba en Borkum, y ya había dado largos paseos á la vela, visitando la costa holandesa, cuyo arbolado en un día claro se destaca en el horizonte, y el torpedero anclado á alguna distancia de la isla. Había también trabado amistad con los marineros, y encontraba un embeleso desconocido en oír contar á aquellos hombres de rostro tostado y manos callosas historias y costumbres de lejanas tierras que en los países del interior sólo son conocidas de la gente ilustrada. Allí estaba el moreno Miguel, que había estado cuatro veces en América y que parecía conocer Valparaíso y Nueva-York como el bolsillo de su chaqueta; Janssen, que había pasado tres años en el Japón, donde había hecho tanto uso de sus ojos azules como en su «risueña isla,» que así llamaba á Borkum. Ernesto conversaba con aquellas gentes, mientras el aire fresco del mar jugueteaba en su frente, y contemplaba la inmensa superficie que se extendía á sus ojos, tan pronto plateada con reflejos azules y rojos, como de un verde oscuro con agitada y blanca espuma jugueteando alrededor del buque. Y cuando luego atravesaba por la abigarrada multitud de bañistas metidos en sus sillas de playa y dentro de tiendas, riendo ó bostezando, se acordaba del doctor y le decía interiormente: «¡gracias!» ó bien: «¡teníais razón!»

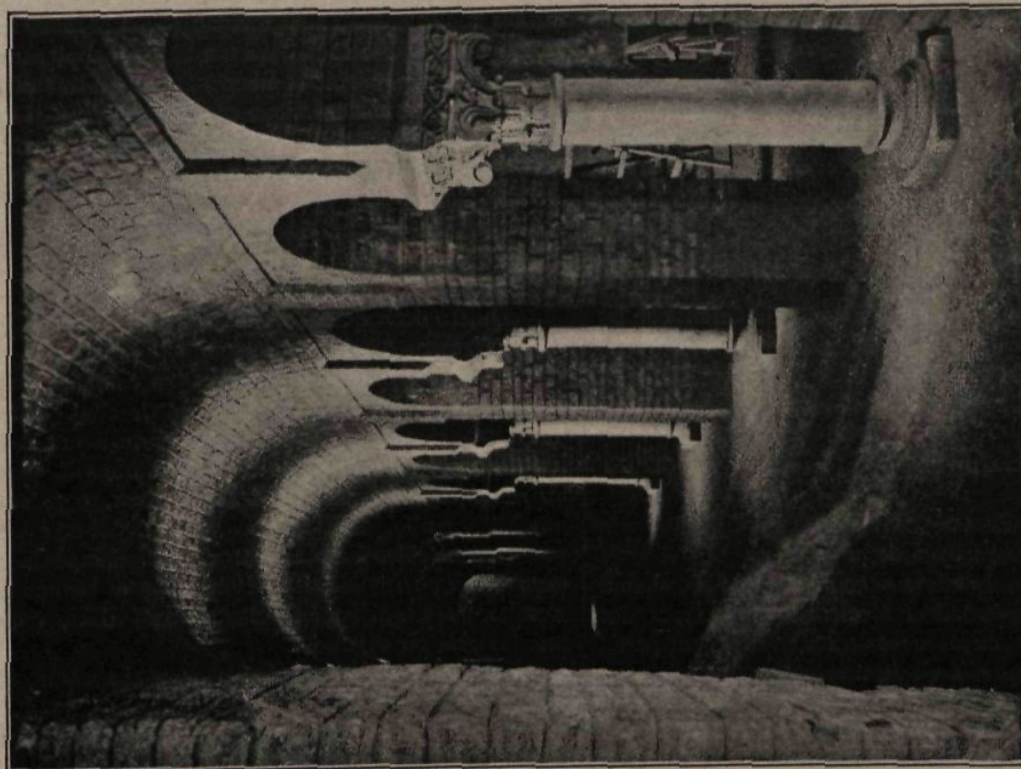
Como los hoteles de la playa estuviesen atestados, Ernesto hubo de tomar habitación en una villa algo apartada. Al mirar por vez primera desde su ventana, delante la cual se extendían las marismas, parecióle todo monótono y fastidioso. Mas luego aprendió á mirarlo de otro modo. La extensa cadena de marismas sobre las cuales las movedizas nubes proyectaban sombras variadas, parecíanle montañas. Detrás de ellas veía el mar, brillando con nuevos colores, y cercanas á las marismas, extenderse á lo lejos verdes praderas llenas de vacas. Al principio sólo el mar atraía á Ernesto. Luego empezó á frecuentar los caminos de las marismas y á sentarse sobre su hierba movediza, allí donde, protegida contra las tempestades, florecen en abundantes grupos la delicada hierba doncella. Sobre su cabeza volaban pausadamente las blancas gaviotas, y en aquel silencio llegaba hasta su oído el rumor de las rompientes. Cuando en medio de este ambiente pensaba en su vida de Berlín, parecíale que el viento arremolinaba nubes de polvo que oscurecían el aire y que desaparecían luego sin dejar vestigio. ¿Sin dejar vestigio? ¡No! Siempre quedaba alguna imagen. Veía... ¡pero que le dejasen en paz! Ernesto no quería acordarse de nadie,



PORTADA DEL MONASTERIO DE RIPOLL
(De fotografía de los Sres Audouard y C.ª)



CLAUSTRO DEL MONASTERIO DE RIPOLL
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})



VISTA DEL INTERIOR RESTAURADO DE SANTA MARÍA
DE RIPOLL
(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})

ni permitir que los ojos de las mujeres ni las palabras de los hombres interrumpiesen su *dolce far niente*, pues ahora empezaba á comprender, sintiendo correr nueva vida en sus venas, la necesidad que tenía de reposo. Decíase á sí mismo:

—Creo que verdaderamente estaba en camino de enfermar.

Otra semana había transcurrido.

—¿Hay todavía tierra detrás de las marismas? preguntó un día en uno de sus paseos á un viejo que llevaba el traje de los insulares.

—Sí, hay el Oriente, contestó el viejo sin quitarse la boquilla de la boca.

—¿El Oriente? ¿Qué es eso?

—Son tres pueblos de campesinos y la colonia de las gaviotas.

—¿Están lejos de aquí?

—No mucho. Hay allí unos baños, y si usted quiere yo le conduciré.

—¿Tenéis un carruaje?

—Sí, lo tengo.

Pronto quedó Ernesto convenido con el viejo para hacer la excursión aquella tarde misma.

El carruaje, de seis asientos con altas ruedas, al cual se subía por una verdadera escalera, y tirado por dos diminutos caballos, cuyos arreos eran, en su mayor parte, de punto de media, tenía un aspecto bastante malo.

—¿Viajáis siempre en estos coches? preguntó Ernesto.

—Sí, á causa de la mucha arena, y también porque algunas veces se ha de pasar el agua.

Efectivamente, muy arenoso era el camino por el cual empezó á avanzar lentamente el carruaje hasta llegar al terreno más firme que conducía al interior de las marismas.

—¿Probablemente no llevaréis nunca un bañista solo en este gran coche? preguntó al cabo de un rato Ernesto.

El viejo se sentó medio de lado en el pescante, miró al viajero con sus ojos grises y penetrantes, y le contestó:

—Casi nunca; pero el señor nada pierde en ir solo.

—¿Sí? ¿Sois acaso enemigo de los hombres?

—No es esto precisamente, pero nada se gana con su trato, pues hay entre ellos muchos embusteros.

—¿Acaso estáis escarmentado?

—No, señor; mas tengo setenta y dos años, viajo mucho y he acopiado mucha experiencia. ¡En esta isla la gente es formal y honrada, pero los extranjeros ya es otra cosa!

—¿Lo creéis así? ¡Ved que yo soy también un extranjero!

El viejo meneó la cabeza.

—En sus ojos y en la manera de hablarme veo que no lo es usted. Usted comprende el bajo alemán; yo he aprendido también el alto alemán, pero distraídamente me sucede mezclar en la conversación palabras del bajo. Un verdadero extranjero ni me hablaría ni me comprendería.

—Pero vos habláis en muy buen alemán.

—Es que he estado bastante tiempo por allá.

—¿Habéis sido marino?

—Navegaba cuando era joven en un buque de Hamburgo. Hubiesen querido que continuase, pero yo siempre pensé: es mejor ser un amo insignificante que un servidor importante.

—¡Y teníais razón!

—Vaya si la tenía, y así me lo dice también mi mujer.

—¿Vive vuestra mujer todavía?

—Sí, señor, vive, y aunque tiene setenta y cuatro años está todavía muy fuerte. ¡Ésta es una mujer! ¡Hola, hola!

gritó azuzando á los caballos que habían acortado el paso; como estamos charlando, los caballos escuchan y dejan de correr.

Y el hombre se rió de su agudeza, mientras Ernesto miraba con interés á aquel anciano que, á pesar de sus setenta y dos años, se aguantaba tan tieso en el pescante sin que una vida indudablemente penosa le quitase el buen humor, y cuyos ojos brillaban con fuego juvenil al hablar de «su mujer», que debía ser una viejecita encorvada. Callóse por algunos momentos pensativo y también se calló el viejo.

De repente exclamó éste:

—¡Es una tontería!

—¿Qué es lo que es tontería? preguntó Ernesto.

—Quiero decir que el orgullo es una tontería.

—¿Qué queréis decir con esto?

—Que tengo setenta y dos años, y cuando pienso en los años pasados veo que nada queda de ellos. Usted es joven, sólo tiene veintinueve años, y si quisiera pensar en los que tengo más que usted, sería una tontería. Usted es un señor elegante, tal vez de la nobleza, y yo soy un hombre sencillo. Conversamos los dos, y si no fuese así, yo estaría en mi asiento encontrando el tiempo largo, y usted en su puesto encontrando también el tiempo largo. Resulta, pues, que somos personas razonables, y que es una tontería ser orgulloso.

Ernesto se rió y alargó una mano al anciano, que la apretó cordialmente:

—Tenéis razón, Klaas Yuist, ¿no es este vuestro nombre?

—Efectivamente así me llamo.

—¿Y cómo se llama vuestra mujer?

—Se llama Bina, es decir, Jacobina.

—¿Tenéis hijos?

—Sí, señor, hijos y nietos, pues mis dos hijos y mi hija eran casados. Un hijo se murió en un naufragio; es el único disgusto que me ha dado; y los niños viven con mi mujer.

—¿Os casasteis joven?

—A los treinta años.

—Entonces vuestra mujer no era ya joven, puesto que tiene dos años más que vos.

—Mi mujer era la muchacha más bonita de toda la isla.

—Contadme cómo tardasteis tanto en casaros, siendo así que ambos sois insulares y debíais conoceros de tiempo.

—Pues sucedió que mis padres querían que me casase con la hija de unos campesinos del Levante. Pero yo no quise, y si hoy todavía tuviese que escoger entre Bina y mi casita, y la granja con Antje, volvería á decidirme por Bina. Sin embargo, casarme y meterme en la miseria, tampoco lo quería, ni debe hacerlo ningún hombre honrado cuando ama á una mujer. Marché, pues, y entré al servicio, trabajando noche y día hasta que tuve lo suficiente para poder presentarme á Bina sin avergonzarme. Tenía veintidós años cuando me marché, y volví á los treinta, y Bina me había aguardado y no había mirado á ningún otro, aun cuando era la muchacha más bonita de Borkum.

—¿Sabéis, Klaas Yuist, que muy pocos habrían obrado como vos?

—No lo sé, ni quiero saberlo. Lo cierto es que la mujer es en la casa lo que el sol en el cielo. Ella hace el tiempo, y con mal tiempo no madura la mies. Tenemos aquí un proverbio que dice: la mañana y la noche la hace el buen Dios, el medio día lo hace la mujer. No sólo com-

parte ella con el buen Dios el hacer las divisiones del día, sino que cuando quiere le estropea también la mañana y la noche. ¡Pero mi mujer no es de aquellas que estropee las obras de Dios!

—De todos modos tuvisteis suerte, porque en nueve años hubiera podido cambiar. Nadie es capaz de decir lo que una joven de veinte años será á los treinta.

—¿No? dijo Klaas Yuist en tono medio chancero medio burlón, mirando á Ernesto con fijeza como si no hubiese réplica á lo que iba á añadir: Yo opino que cuando un hombre tiene corazón, encuentra que la mujer que Dios le destina á él y no á otro es la mejor, y el que no la toma es un tonto. Así pensaba yo á los veinte años, y ahora ya viejo digo que lo acerté. He aquí que hemos llegado á la Colonia de las Gaviotas: puede usted bajar y tomar un billete.

—¡Qué lástima! dijo Ernesto que siguió, empero, el consejo.

Tomó el billete en la portería y recorrió las marismas donde tienen sus crías las gaviotas. Encima y en torno suyo las aves llenaban el aire con sus gritos, que tan pronto parecían de angustia como de alegría.

—No sé por qué vengo á asustaros, dijo Ernesto parándose de pronto. ¡Quiero volverme y hacer una visita á la señora Bina! ¿Qué es lo que dijo el viejo Yuist? ¡La mujer es el sol en la casa! ¡Vaya un zorro este Klaas Yuist!

Trató con el pensamiento de aplicar su crítica escéptica al viejo insular y á su modo de ver la vida, y mientras tomaba un vaso de cerveza en la portería, que era también una especie de restaurant, logró casi desfigurar en su interior la figura de Klaas Yuist. Empero así que se hubo sentado otra vez en el carruaje, volvió á la primera impresión, y se hizo contar otras cosas sin cansarse de escuchar. Despidióse luego de Yuist como de un antiguo conocido, y al día siguiente, después de un par de recaídas en su escepticismo, recorrió al anochecer el pueblo hasta llegar á la casita con la puerta recién pintada de verde claro y blancas las anchas ventanas, en cuyo umbral se hallaba plantado un cerezo, árbol rarísimo en la isla y que Klaas llamaba el símbolo de su casa. En el aseado zaguanete, tapizado con una limpiísima estera, encontró á la señora Bina.

—Vuestro marido me ha hablado tanto de vos, que he querido conocerlos, dijo Ernesto á la mujer, que le recibió con cordialidad y sin encogimiento, alargándole la mano.

—También Klaas me ha hablado de vos. Lo que es de mí, poco hay que decir, pero ya sé que á Klaas le gusta chancearse.

Ernesto contempló con interés el rostro todavía fresco y liso de la anciana, cuyas facciones revelaban que Klaas no había exagerado cuando dijo que había sido la muchacha más bonita del lugar.

—Nadie diría que tenéis setenta y cuatro años, dijo Ernesto involuntariamente.

Una sonrisa melancólica se dibujó en los labios de la señora Bina.

—¡Ah, señor! mis trabajos he pasado; ¡tener hijos y criarlos bien es una misión algo penosa para una mujer! Es verdad que Klaas me ha ayudado y así la tarea me ha sido menos difícil.

En este momento Klaas Yuist, que estaba cuidando de los caballos, entró en la habitación, y al ver á Ernesto se sonrió satisfecho, y la mirada con que contemplaba á su mujer y al barón revelaba cuán cierto estaba de no haber exagerado al ponderar los méritos de cada uno de ellos.

—Filemón y Baucis, pensó Ernesto mirando á aquella pareja; esto sucede todavía, y no es una fábula.

Y el grande y antiguo reloj con su tic tac acompasado, los relucientes utensilios colgados en la pared, y los sencillos y aseados muebles, todo lo que rodeaba á los dos viejos parecía hablar un lenguaje que armonizaba con los rostros alegres y los ojos todavía jóvenes de Klaas y Bina, y anunciar á Ernesto que la verdadera felicidad del hombre no es ninguna regla de aritmética.

Quince días después entraba éste otra vez en el cuarto de su abuela.

—Aquí estoy, y creo que las brisas del mar me han devuelto la salud, dijo.

La abuela le miró con atención.

—De todas maneras parece que estás muchísimo mejor que cuatro semanas atrás. Los Helmscheids se hallan en el campo, y Ada me escribe que te están aguardando.

Ernesto se sonrió.

—Dime, abuela, voy á hacerte una pregunta singular, pero te ruego que me contestes lealmente; dime: ¿fué tu casamiento lo que se llama un matrimonio de inclinación, y se casaron también mis padres por amor?

La anciana permaneció un momento callada reflexionando, y luego dijo:

—Me explico fácilmente tu pregunta, pues me parece que no amas con locura á Ada, aunque me parece imposible. Debo, no obstante, decirte para tu tranquilidad, que ni mi casamiento ni el de tus padres fueron verdaderos casamientos de inclinación, á lo menos por ambas partes; á pesar de lo cual dieron buenos resultados, como tú ya sabes.

—Y ¿cómo fué que ninguno de vosotros se casase por amor?

—¡Qué pregunta tan necia! En la vida hay otros factores más necesarios que el amor. Era yo una joven rica perteneciente á la burguesía, y tu abuelo pobre, aunque de antigua familia. De esta manera fué ventajoso para ambos el unirnos, y como nos apreciábamos y considerábamos el uno al otro, no había ningún motivo razonable para no casarnos. Por lo que toca á tu padre quería hacer carrera, y tu madre, que según creo, estaba muy enamorada de él, era la hija de su principal. También en su casamiento desempeñaron su papel las razones de conveniencia.

—Perfectamente; y luego, abuela, luego se perdió la mayor parte de tu fortuna en la quiebra de los hermanos Müller, y mi padre murió antes de hacer carrera. ¿No fué así?

La anciana le miró con extrañeza, y le dijo con su peculiar dignidad:

—Las desgracias inmerecidas se deben llevar con resignación.

Ernesto hizo un gesto de asentimiento.

—Sí, pero no querrá uno ser causa de la desgracia de su vida, cerrando voluntariamente los ojos á la luz del sol.

La anciana agitaba la cabeza mientras Ernesto salía de la habitación.

Nada sabía de Klaas Yuist y «del sol en la casa.» ¿Cómo era posible que le comprendiese?

El barón, empero, llegóse á la más próxima oficina de telégrafos y expidió un telegrama á la señorita Adela von Dollmen, en Dresde, cuyo contenido era el siguiente: «¿Puedo ir mañana á Dresde?»

Detrás de la ventana del médico había luz cuando Ernesto pasó por allí al volver á su casa. Levantó la cabeza y sonrióse.

—Ya que es mi destino sufrir y tratar de armonizar las distintas condiciones heredadas de mis padres y abuelos, ¿no sería yo un insensato si no llevase á mi casa el verdadero sol bajo cuyos ardientes rayos fructificarán la felicidad y la paz? ¡Pobres padres y abuelos! La discordia de vuestra vida que resuena hasta mí engendrará al fin una completa y pura armonía.

Y una íntima expresión de gracias subió hasta el viejo doctor y atravesó las tranquilas islas del mar del Norte hasta llegar á Klaas Yuist y á su Bina.

(Traducido del alemán).

NUESTROS GRABADOS

El Excmo. é Ilmo. Sr. Dr. D. José Morgades y Gili

OBISPO DE VICH Y ADMINISTRADOR APOSTÓLICO DE SOLSONA.

Ponemos al frente de este número el retrato del ilustre Prelado á quien, según decimos en otro lugar, se debe la restauración del monasterio románico de Ripoll. Esta hermosa página de la vida del ilustrísimo Morgades, va acompañada en ella de otras no menos hermosas y en las que brilla su celo evangélico, su profunda ciencia y su espíritu práctico. Vilafranca del Panadés se honra en contarle entre sus preclaros hijos. Apenas hubo salido de las aulas del Seminario, desplegó ya sus virtudes cristianas en la terrible epidemia de cólera del año 1854, como lo hizo después en 1865 y en 1885, en la última fecha siendo ya obispo de la diócesis vicense. En reñidas oposiciones ganó la dignidad de Penitenciario en el Cabildo Catedral de Barcelona, cargo en el que se hizo popular por su sabiduría, por su discreción suma, por el tacto con que procedió en los más arduos asuntos y por el fervor con que impulsó todas las instituciones creadas para honrar á Dios y á sus Santos y para aliviar las miserias del prójimo. Todos los institutos barceloneses de caridad tienen escrito en sus anales con letras de oro el nombre del Penitenciario Morgades. Elevado por sus virtudes, méritos é inteligencia á la silla episcopal de Vich, encontró en ella más ancho campo todavía para llevar á cabo la obra religiosa y social que de largo tiempo iba realizando. Son en gran número las fundaciones que ha creado en aquella diócesis, y después en la de Solsona, ó á las que ha impulsado y mejorado por hallarse ya establecidas. Para el Ilmo. Morgades no existen obstáculos. Con la perseverancia por un lado, con su talento, que salva las mayores dificultades, y con una fe firmísima que no se arredra nunca, ni siquiera ante las más enconadas oposiciones, ha conseguido llevar á realización feliz todo cuanto se ha propuesto ejecutar. Numerosas cartas pastorales, en las que aparece su sabiduría en las ciencias teológicas y filosóficas, en las Sagradas Escrituras y en los Santos Padres, han contribuido eficazmente á la propaganda de las verdades y de las salvadoras doctrinas de nuestra Santa Religión Católica, no sólo por la diócesis de Vich y de Solsona, sino también fuera de ellas, en todas partes donde las pastorales han sido leídas. En la cuestión social sobre el capital y el trabajo se ha ocupado también con grandísimo acierto, tratándola bajo todos los puntos de vista, inspirándose en las enseñanzas sobre el particular de nuestro amantísimo Padre León XIII. Corona, por fin, de su episcopado, hasta la hora en que escribimos estos párrafos, habrá sido la obra magna de la restauración de Santa María de Ripoll, empresa cuyas dificultades sólo pueden apreciar en toda su importancia, cuantos hubieren estudiado aquellas ruinas y examinen hoy la iglesia restaurada.

Portada del monasterio de Ripoll

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})

En el artículo que dedicamos en este mismo número al famoso cenobio benedictino, se habla de la portada que constituye uno de los restos más interesantes de la obra del obispo y abad Oliva. Está dividida en siete compartimentos, quizás con sentido místico, pudiéndose afirmar que algunos trozos exceden del bajo relieve llegando al alto relieve. En el centro se halla sentada en su trono la imagen de Dios Padre, adorada por ángeles, colocados entre los símbolos de los Evangelistas y servida por una serie de príncipes, la mayor parte con corona, que van á presentarle sus ofrendas. Debajo de estas figuras, que ocupan el primer compartimento, se ven en el segundo y tercero otras distribuidas en diversos grupos que representan, al decir de los cronistas del monasterio, escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Hállase figurada en el cuarto, á la derecha, una batalla entre infantes y jinetes, y á la izquierda el asalto de una ciudad, en la cual, al través de unos arcos, aparecen los habitantes durmiendo sosegadamente y en las murallas soldados que asoman la cabeza por entre las almenas, composiciones de valor alegórico ó moral sin duda alguna. El quinto, casi de doble altura que los demás, contiene bajo cinco arcos sostenidos por ligeras columnitas, ya á un príncipe entre tres prelados y Jesucristo que al parecer les bendice, ya al mismo magnate sentado en humilde trono entre cuatro músicos. Campean en el sexto, en altos relieves, un centauro que pelea con un león que sujeta á otra

fiera entre sus garras y un caballero armado de punta en blanco atacando á otro león, tras del que se ve á un escudero que huye; y constituye, por fin, el séptimo compartimento un motivo de ornamentación con imaginaria, que puede señalarse como modelo en el estilo románico. Muchos eruditos han ejercitado su inteligencia en la interpretación del sentido de cada una de las representaciones que forman esta interesantísima fachada, siendo diversos los pareceres y habiendo dado motivo á larga controversia. Aun sin penetrar del todo la significación de la portada que reproducimos, lo que de ella adivina quien la contemple atentamente, causa en el ánimo impresión profunda, acrecentada por la severidad de la escultura y por el carácter grandioso que en toda ella domina. Por las condiciones del sitio es ardua tarea sacar una fotografía de esta portada. El fotógrafo Audouard, tan hábil en su arte, venció todas las dificultades y la obtuvo con la fortuna que proclama la reproducción que publicamos.

Claustro del mismo monasterio

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})

Es el mayor de los claustros románicos que existen en Cataluña. Los claustros levantados durante los siglos XI y XII, fueron de dimensiones muy reducidas y algunos tan pequeños como el de San Pablo del Campo, en Barcelona. No obstante, en San Cugat del Vallés hay un ejemplo de claustro románico más desahogado, sin duda porque se levantó cuando ya se sentía la próxima influencia de la arquitectura ojival. Otro tanto ocurre con el de Ripoll, cuya construcción se empezó en el siglo XII, pero se prolongó hasta el inmediato, cuando ya en otras regiones dominaba el estilo que se llamó germánico al principio, porque nos venía de Alemania. Cataluña, en todos tiempos, se ha mostrado rehacia á admitir las innovaciones, y por esto el estilo románico persistió en ella más que en otras comarcas, y lo mismo pasó después con el estilo ojival ó gótico. El claustro de Ripoll, dentro de la fisonomía propia de la arquitectura románica, ofrece mayor galanura que ésta. Los capiteles de sus columnas, variados hasta un punto asombroso, románicos puros unas veces, de carácter árabe otras, con imaginaria en algunos que no hubieran rechazado los escultores góticos, son encanto del artista que los examina detenidamente y atraen asimismo la atención del visitante vulgar que descubre en ellos la imaginación y la habilidad de los artífices de aquellos remotos tiempos. Los capiteles de Santa María de Ripoll forman, por lo tanto, una de las páginas más interesantes de la escultura románica de nuestra patria, que las tiene tan bellas en toda la región pirenaica y en las de la Vasconia, Cantabria y Galicia.

Vista del interior restaurado de Santa María de Ripoll

(De fotografía de los Sres. Audouard y C.^{as})

Aun cuando abarque sólo esta vista una sección de la nave mayor de la citada iglesia, por ella puede formarse idea de la grandiosidad y de la severidad con que la restauración se ha realizado. Hasta en el aparejo se ha puesto minucioso empeño en que correspondiese el nuevo al viejo. Los albañiles de Ripoll comprendieron en seguida las indicaciones del arquitecto y supieron realizarlas admirablemente, como si al través de tantas generaciones hubiesen persistido en ellos las aptitudes de los alarifes que alzaron la basílica en los tiempos de Oliva. Esta lámina prueba el acierto con que procedió el Excmo. é Ilmo. Sr. Obispo de Vich al encomendar la dirección de la obra al hábil y erudito arquitecto don Elias Rogent, quien, antes de proponer cosa alguna en definitiva, hizo una excursión por las iglesias de los Pirineos catalán y francés que le dió materia para escribir una monografía muy importante por lo sustanciosa y por las observaciones atinadas que contiene.



El naranjo es oriundo del Asia oriental; de los pétalos de sus flores se extrae el aceite de neroli, esencia de olor tan fuerte que una sola gota basta para aromatizar una gran cantidad de agua. Este perfume toma el nombre de esencia de flor de azahar. Los frutos de este árbol, cuando se hallan verdes y son muy amargos, se emplean en la fabricación de diversos licores, y cuando están completamente maduros son muy refrescantes y agradables. La corteza de las naranjas entra en la composición del curacao y puede confitarse; además se extrae el aceite volátil de corteza de naranja, que se usa para el tocador, y un jarabe amargo muy recomendado como tónico. El zumo de la naranja, mezclado con agua y azúcar en proporció-

Aguzar el ingenio

FOR

N. MORAL



1. — Como el hambre es mala consejera y la tenía de veras Silvestre, penetra éste en el interior de un caserío á la husma de algo que comer.



2. — A primera vista le pareció que estaba solitario, pero no lo estaba en efecto, porque al entrar en una de las habitaciones le sorprenden dos hombres feroces.



3. — Quienes, queriendo vengar su atrevimiento, le cogen prisionero. Para lo cual cierran la puerta de la habitación.



4. — Pero como Silvestre no era tonto, recapacita la manera de escapar; y como éstos hubieran de ponerse á hacer las migas y á disputar la manera de volverlas que tenía el Terrible ó el Rayo, hubo de decir:



5. — Ni ustedes ni esos... señores que han nombrado son capaces de hacer lo que yo haga.

— ¿Y qué es ello? pregunta uno de los bandidos.

— ¡Pues arrojar las migas por la chimenea y apararlas en medio del campo!...



6. — Los bandidos aceptaron su proposición; al efecto abren la puerta de par en par, y... ¡aquí la libertad de Silvestre! Pidió socorro á los talones, y aunque cogiendo alguna que otra liebre, al fin se vió libre de las garras de los bandidos.

nes convenientes, es una bebida refrescante y temperante muy útil contra ciertas enfermedades de carácter inflamatorio. Al igual que la limonada, la naranjada se prepara fría ó caliente, según convenga.

Nadie ignora las propiedades antiespasmódicas del agua de azahar. Esta flor es el símbolo de la dulzura y de la pureza, y con ella se adornan las novias para asistir á la ceremonia nupcial.

En los países fríos, y aun en los relativamente templados, el cultivo de los naranjos en macetones exige que se les guarde siete meses del año en invernáculos á una temperatura de 6 á 8 grados centígrados, en los que sólo puede renovarse el aire cuando hace muy buen tiempo; para este cultivo se ha construido en los grandes palacios (particularmente en Versalles) vastas salas llamadas *orangeries*, en las que es preciso gastar mucho dinero si se quiere conservar tan precioso árbol.

El naranjo fué conocido por todos los pueblos de la antigüedad. Se cree que es originario de la India, al otro lado del Ganges; desde allí fué probablemente importado á la Arabia, más tarde á la Palestina, al Egipto y á las regiones en las que los poetas de la antigüedad situaban el Jardín de la Hespérides.

Hasta el siglo xi no fué importado á Sicilia. Los cruzados extendieron su cultivo por toda la Italia y hasta Provenza. En esta época los árabes lo habían importado á España. Hoy día el cultivo de este precioso árbol está muy generalizado y el comercio de sus frutos muy extendido en todos los países civilizados.

—¿Por qué no os habéis casado? le preguntaron al anciano mariscal de Huxelles.

—Porque todavía, contestó, no he conocido á una mujer de la cual hubiese querido ser esposo, ni á un hombre de quien hubiese querido ser padre.

Jugaban dos al dominó en un café, y uno de ellos, caballero de industria, se señaló 55 puntos en vez de 45, que eran los que le correspondían. Advirtióselo el compañero, y el tuno se disculpó diciendo:

—Disimule usted, me había engañado.

—No tal, repuso el otro; el engañado no era usted.

Fastidiado el gran Conde de oír á un necio que estaba siempre hablando de su *señor padre*, y de su *señora madre*, y de su *señor tío*, etc., le interrumpió exclamando:

—¡Mi *señor lacayo*! decid á mi *señor cochero* que enganche mis *señores* caballos á mi *señora* carretela.

Hallándose en la corte de Enrique VIII de Inglaterra el pintor Holbein, encargóle el monarca varios cuadros. El famoso artista gustaba de trabajar solo, y no pocas veces se incomodó cuando los cortesanos del palacio visitaban su taller para verle trabajar. Cierta conde, principalmente, solía importunar más de lo regular al pintor, y un día éste, cediendo á su mal humor, echó al señor cortesano fuera de su taller, tirándole por la escalera abajo hasta el punto de lastimarle. Imagínese el furor y las amenazas del malhadado señor conde pidiendo venganza y castigo. Pero el rey prohibió severamente cualquier acto de venganza, so pena de la vida, diciendo al grande en presencia de los demás cortesanos:

—Ten entendido que de cualquiera de esos señores puedo hacer un conde como tú, pero que con todos mis vasallos juntos jamás conseguiría hacer un artista como Holbein.

Pueden secarse los guisantes para el invierno del modo siguiente: tómese para dos libras de guisantes media azumbre de agua, hágase hervir, échense en ella los guisantes y, cuando comience á hervir de nuevo, sáquense y pónganse inmediatamente en un tamiz. Luego que estén bien enjutos, se pasarán á otro tamiz para que se sequen, poniéndole debajo un fuego muy lento, y dejándoles de este modo por espacio de veinticuatro horas, sin que sea menester cubrirlos, pero sí cuidando de revolverlos de tiempo en tiempo.

Del mismo modo se secan las habas blancas tiernas y las de huerta.

Para quitar de los vestidos las manchas producidas por la grasa del pelo, si se trata de vestidos de lana, bastará frotar la parte manchada con un poco de miga de pan tierno, y si se trata de vestidos ó prendas de seda, se empleará para el caso una muñeca de algodón en rama impregnada de éter sulfúrico.

El hombre se halla á veces en ciertas posiciones en las cuales no puede cometer más que faltas.—EL CARDENAL DE RETZ.

Alabar cordialmente una buena acción es, en cierto modo, tomar parte en ella.—LA ROCHEFOUCAULD.

La renta más segura es la economía; la economía es hija del orden y de la asiduidad.—CICERÓN.

El tedio es una enfermedad que tiene por verdadero remedio el trabajo: las distracciones ó los placeres no son más que paliativos.—LEVIS.

La envidia es el gusano roedor del mérito y la gloria.—BACON.

La esperanza, no obstante lo ilusorio de sus promesas, todavía es mejor consejera que el miedo.—LINGRÉE.

En ninguna ocasión se necesita tanto talento como cuando hemos de tratar con un tonto.—PENSAMIENTO CHINO.

Se me atribuye una mala intención; pues, ¿qué importa si no la he tenido? Se me atribuye una acción vituperable, ¿por qué me aflijo si soy inocente? La opinión de los demás, ¿puede despojarme de mi virtud?—IDEM.

El fuego ennegrece lo que no consume.—PROVERBIO INDIO.

El tiempo es el que más acierta en cambiar las cosas.—MEIDANI.

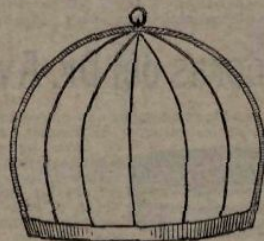
El lobo muda el pelo pero no el natural.—PROVERBIO TURCO.

Cuando se estanca el agua se corrompe; para que se conserve siempre limpia es preciso que corra.—PENSAMIENTO ÁRABE.



TRANSFORMACIONES

El lector menos hábil y la lectora más asustadiza pueden (aunque no sea más que en efígie) cazar y enjaular un ratón; para lograr este resultado basta colocar entre la



ratonera y el astuto roedor una cristal plano, de la dimensión del doble de una tarjeta de visita, y mirando por encima del corte del cristal, pasa al interior de la ratonera nuestro diminuto *mus musculus*; siendo de notar que, según como se mire, se verán dos ratoneras con un ratón ó uno libre y otro enjaulado: moviendo ligeramente el cristal se moverá también el animalito, saliendo y entrando en la jaula con la mayor facilidad del mundo. Es esta una aplicación del principio de refracción de la luz, que sobrepone dos imágenes sobre una misma superficie.

Además, aquí se comprueba la teoría de la aparente desaparición de los poros cuando se mira una superficie por su *escorzo horizontal*: las manchas circulares del sol, que aparecen como cráter, vistas paralelamente á su superficie, van desapareciendo á medida que se acentúa el *escorzo* y dejan de verse totalmente cuando el eje de su masa es perpendicular á la línea visual: esos fenómenos mejor se experimentan que se explican: para cerciorarse de ello, mírese la superficie de una mesa pulimentada y se advertirán los poros; mas luego, agachándose hasta poner los ojos junto al borde de la mesa, se verá aumentada la tersura de la superficie, y si se coloca en el otro extremo una luz se verá su imagen invertida sobre la tersa superficie.

Y vamos á otra experiencia. ¿Se quiere hacer reír al inglés más serio y afectado de *spleen*? ¿se trata de cambiar la fisonomía poco satisfactoria de un hombre feo? Porque



hay muchos individuos que no se figuran cuánto puede transformarse una fisonomía con las variaciones más tenues: pues entonces se coloca el consabido cristal en el centro de la cara dibujada, y moviéndolo más ó menos de derecha á izquierda, y mirándolo algo oblicuamente en el cristal perpendicular al dibujo se obtienen las más grotescas fisonomías: esto puede aplicarse también á los retra-

tos en fotografía estando la cara de frente; á medida que se corre el cristal hacia la izquierda, la cara se pone lánguida y las facciones adquieren todas las grotescas líneas de la cara del *clown*: mientras que moviendo el cristal hacia la derecha, sin separarlo del punto medio de la barbilla, se agranda la parte superior de la cabeza, y moviéndose en sentido inverso, cambia por completo la cara.

Este recreo se presta á muchas variaciones y es tan fácil como entretenido.

JULIÁN.

Solución á la cartita charadística anterior:

PA-RA-I-SO

Solución al rompe cabezas:

TROVATORE
OTELLO
TRAVIATA
AIDA
RIGOLETTO

Solución al problema:

| | | | | | | |
|----|----|----|----|----|----|-----|
| 11 | 21 | 31 | 41 | 51 | 61 | 226 |
| 21 | 31 | 41 | 51 | 61 | 11 | 226 |
| 31 | 41 | 51 | 61 | 11 | 21 | 226 |
| 41 | 51 | 61 | 11 | 21 | 31 | 226 |
| 51 | 61 | 11 | 21 | 31 | 41 | 226 |
| 61 | 11 | 21 | 31 | 41 | 51 | 226 |

226 225 226 226 226 226

Solución al anagrama:

Campos Cataláunicos

CHARADA

Después de una *dos uno*
perdi *una tres*
estando en agua el *todo*
viento á través.

J. L. DE O.

LOGOGRIFO NUMÉRICO

- 1 2 3 4 5 6 7 Clase de verso.
1 4 3 2 5 4 Nombre de mujer.
1 4 3 2 5 Nombre de hombre.
3 4 5 2 Parte del cuerpo.
3 4 1 Opuesto á tierra.
1 7 Nota musical.
6 Consonante.
5 2 Preposición negativa.
1 2 5 Bebida.
1 2 3 4 Capital europea.
3 4 5 6 2 Defecto físico.
6 2 1 2 5 4 Indicio de tristeza ó gloria.
1 2 3 4 5 6 7 Clase de verso.

E. L. DE G., de Barcelona.

COMBINACIÓN

Escríbese una frase que resulte igual, ya se lea de derecha á izquierda ó ya de izquierda á derecha.

A. NSICK, de Barcelona.

ADVERTENCIAS

Agradeceremos mucho cuantas fotografías, representando vistas de ciudades, monumentos, obras artísticas, retratos de personajes y antigüedades, nos envíen nuestros corresponsales y suscriptores, y en particular los de América, acompañándolas de los datos explicativos necesarios, para reproducirlas en *La Velada*, siempre que á nuestro juicio sean dignas de ello. Asimismo estimaremos la remisión de toda noticia que consideren de verdadero interés artístico y literario.

Se admiten anuncios á precios convencionales.

Aunque no se inserte no se devolverá ningún original.

Para las suscripciones, dirigirse á los Sres. *Espasa y Comp.*², Editores, Cortes, 221 y 223, Barcelona, y en las principales librerías y centros de suscripciones de España y América.

Esta importante obra forma un magnífico tomo de 288 páginas en 4.º, impreso con papel superior y tipos claros y no obstante muy recomendables cualidades se vende al ínfimo precio de 20 reales.

EXAMEN DE LA PUREZA DE LOS REACTIVOS QUÍMICOS

Dr. C. Krabach

POR EL

Gran sastrería de A. Medina

BARRA DE FERRO, 8, 3.º

BARCELONA

— Constante surtido de géneros del país y extranjeros —

CASA DE ENTERA CONFIANZA

NOTA IMPORTANTE. — Con un pequeño aviso por correo se pasa á domicilio á tomar medida

NOVÍSIMO

DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO

DE LA LENGUA CASTELLANA

EL MÁS COMPLETO EN SU CLASE DE LOS PUBLICADOS HASTA HOY

REDACTADO EN VISTA DE LOS DE

Dominguez, Salvá, Caballero, Roque Barcia, Fernández Cuesta, Rosa y Bourret, Vélez de Aragón, y varios de los enciclopédicos más modernos

por el doctor

D. DELFIN DONADIU Y PUIGNAU

Catedrático de la facultad de filosofía y letras de esta universidad literaria

Este importante DICCIONARIO formará tres tomos de grandes dimensiones, repartidos en cuadernos de 24 páginas, ó sea de 72 grandes columnas cada uno al precio de 50 céntimos de peseta en toda España.



El aperitivo de más confianza son seguramente las PILDORAS CATÁRTICAS DEL DR. AYER. Exceptuando casos muy extremados, los médicos ya no recetan purgantes drásticos, recomendando en su lugar una medicina más suave e igualmente tan eficaz. La favorita son las

Pildoras del Dr. Ayer,

cuyas superiores virtudes han merecido el certificado de los químicos del Estado y también de buen número de médicos distinguidos y farmacéuticos. Los certificados oficiales llevan el sello de las correspondientes oficinas. No se conoce otra Pildora que satisfaga la demanda del público en general como medicina de familia

Segura, Eficaz y Agradable.

Cuando se sufre de estreñimiento, dolor de cabeza, dispepsia, ictericia, mal de hígado ó de biliar, tomese las Pildoras del Dr. Ayer, las cuales no tienen igual.

Preparadas por el Dr. J. C. Ayer & Co., Lowell, Mass., E. U. A. Las venden los Farmacéuticos y traficantes en Medicinas.

MAQUINAS PARA COSER, PERFECCIONADAS



WERTHEIM

LA ELECTRA

PATENTE DE INVENCION

funcionando sin ruido

VENTA AL POR MAYOR Y MENOR
AL CONTADO Y A PLAZOS

— 18 bis, AVINÓ, 18 bis. — BARCELONA —

MONASTERIO RESIDENCIA DE PIEDRA

AGUAS MINERALES DE LA PENA

eficaces para el Hígado, Anemia, Nervosismo, Dispepsia, etc.

NATURALEZA ESPLÉNDIDA

12 grandes cascadas. Grutas. Ambiente seco. Temperatura primaveral en el rigor del verano. SANATORIUM

TEMPORADA: DEL 15 DE MAYO AL 15 DE OCTUBRE
HOSPEDERÍA Y FONDA — BUENA MESA — PRECIOS ECONÓMICOS

Para más informes dirigirse al Administrador del Establecimiento de PIEDRA (por Alhama de Aragón)

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA

DE

BARCELONA

Línea de las Antillas, New-York y Veracruz. — Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales: el 10 y el 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas. — Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 8 de Enero de 1892, y de Manila cada 4 martes, á partir del 12 de Enero de 1892.

Línea de Buenos Aires. — Viajes regulares para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo. — Viajes regulares para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la Costa Occidental de África y Golfo de Guinea.

Servicios de África. — LÍNEA DE MARRUECOS. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger. — Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los lunes, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE — La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes. — En Barcelona, La Compañía Trasatlántica, y los señores Ripol y C.ª, plaza de Palacio. — Cádiz; la Delegación de la Compañía Trasatlántica. — Madrid; Agencia de la Compañía Trasatlántica, Puerta del Sol, núm. 10. — Santander; señores Angel B. Pérez y C.ª — Coruña; don E. de Guarda. — Vigo, don Antonio López de Neira. — Cartagena; señores Bosch Hermanos. — Valencia; señores Dart y C.ª — Málaga; don Luis Duarte.